

Reflexión actual sobre los Sacramentos. XIII Jornadas de Pastoral Educativa

Por iniciativa del Instituto Superior de Ciencias Catequéticas «San Pío X», un grupo de más de 400 personas decidieron compartir sus experiencias y reflexiones sobre *Teología pastoral de los sacramentos, hoy*. Se concretaban así con buenas previsiones de éxito feliz las XIII Jornadas de Pastoral Educativa organizadas por el Instituto, que comenzaron el viernes, día 19 de marzo y concluyeron el día 21.

Tras una breve presentación general de los temas por el Secretario de las Jornadas, Teódulo García Regidor, desarrolló don Víctor CODINA la ponencia inicial sobre *Presupuestos teológicos para una pastoral sacramental, hoy*. Si ha habido cambios espectaculares en la forma de practicar la Liturgia, falta conciencia reflexiva sobre el sentido humano y religioso de los sacramentos. Hay verdadera crisis, por inseguridad y hasta por disensiones, en la manera de relacionar la vida con los criterios religiosos a través de una simbolización que recoja nuestras preocupaciones más intensas, en el actual momento histórico.

Los sacramentos se entendían como signos eficaces de la gracia, con implicación sólo débil de la propia responsabilidad. Por obra del Concilio Vaticano II se extiende una concepción de ellos más antropológica y eclesial, como brotados en la Iglesia, que es símbolo de salvación y está abierta a los hombres para hacerles posible una respuesta divina y humana según el

Evangelio. Hoy, en medio de complejidad y de tensiones, cobran fuerza grupos que viven la realidad sacramental como una anticipación profética de la utopía del Reino. Se recoge el dolor de los pobres y oprimidos, como realidad que por la fe, la confianza, la fraternidad y la lucha, cobra anticipadamente una nueva configuración: la del mundo y el hombre según el Jesús histórico, vivo y presente. Con esta actitud se incide en la historia concreta y en sus problemas actuales, y se celebra la salvación desde el esfuerzo por conseguirla, y desde una fe en el Salvador que exige compromiso por salvar al hombre tal cual es (no tal cual se le pueda concebir).

Esta línea de reflexión fue también la de Casiano FLORISTÁN en la segunda ponencia, sobre *Teología y pastoral de la Eucaristía*. Se produce respecto de la Celebración Eucarística un cambio profundo de lenguaje y simbolización, que con sus riesgos, debe proseguir e intensificarse. No nos limitamos ya a hacer memoria del precio de nuestro perdón que fue el sacrificio de la Cruz: lo revivimos en el contexto de la Pascua, que presupone la actitud y misión proféticas del Jesús histórico y les da cumplimiento y efectividad. Hacemos que en la Liturgia penetren las experiencias humanas desde la realidad histórica y concreta, y a partir de ella repetimos la Cena del Señor, con la significación que entonces tuvo. La Celebración Eucarística da así sentido y permite encontrar respuesta a los problemas en el propio contexto histórico y cultural.

Compartimos la presencia de Jesús. La Liturgia tampoco se limita, pues, a ser ocasión de compromiso, sino que es enraizamiento del hombre y de la Comunidad en la acción profética y salvadora de Jesús y en El mismo. Ponemos en común los sufrimientos, preocupaciones, análisis de la realidad e intentos de liberación, haciendo viva y actual la presencia del Salvador en el mundo, no con ritos mágicos, sino desde una fe comprometida. La praxis litúrgica intenta cambiar de este modo, mediante su propio simbolismo, las representaciones del hombre esclavo, y hacer que en Jesús adquieran configuración y eficacia salvadoras.

Algo tan dominado por la rutina como la práctica formal y objetiva de los sacramentos, hoy va cobrando sentido por el cambio que suponen la presencia viva de la Comunidad y el encuentro personal con Dios en ella. Se trata de un camino que los cristianos deben seguir para que en el mundo la salvación signifique respuesta a los problemas y males del hombre, y no sea tan sólo palabra vacía. Aparece esta nueva dimensión, que la Iglesia procura recuperar, en la renovación pastoral y litúrgica de la Penitencia; y aquí sus posibilidades debieran asumirse con mayor esperanza y más hondura. La ponencia de Jesús BURGALETA ha sido, sobre el particular, muy esclarecedora, al desarrollar el tema *La celebración penitencia y la Teología del sacramento de la Penitencia*.

Con esta intervención, las Jornadas logran nuevas aclaraciones del hecho que centraba todas las preguntas y todos los diálogos: un germen vivo de rela-

ción entre el hombre de nuestros días y la realidad religiosa, a través de símbolos que den cabida a las experiencias fundamentales, históricas y concretas, y abran desde ellas el horizonte personal e interhumano de salvación ofrecido por Jesús.

En la Penitencia ha de tener primacía como símbolo de reconciliación el encuentro con la Comunidad, no lejana, sino próxima y concreta. Se produce y se celebra un cambio de corazón que lleva consigo nuevas relaciones religiosas y humanas. El penitente no se limita a recibir el perdón: asume el don de Dios en su vida, que es vida con los hombres y ha de serlo según Jesús, en El y dentro de la problemática impuesta por el actual momento histórico. No puede concebirse el perdón del penitente como fruto de un mero rito: sólo se logra al cambiar, en el cambio del corazón como núcleo donde radican todos los dinamismos y manifestaciones de la vida personal.

Al señalarse el error que consiste en la privatización del pecado, la reconciliación aparece como dependiente de la Comunidad, y ésta como obligada a asumir en todos los miembros unidos la tarea de conversión personal de cada uno.

También en la ponencia presentada por Dionisio BOROBIO se expuso de modo sugerente la perspectiva renovadora, a la vez personal y comunitaria de los sacramentos, bajo el tema *La Confirmación, momento sacramental de la iniciación cristiana*. Como un «auto-nacimiento» que se produce en la persona, la Confirmación incluye experiencias de libertad ante la vida y los hombres, y las ilumina y abre por fe en la presencia actual de Jesús entre nosotros, para que la persona responda con iniciativa y de modo solidario, desde el mismo Jesús presente en la historia, a todo cuanto nos afecta como individuos y como grupos, y realice las posibilidades de respuesta según el Evangelio.

La ponencia permitió ver la Confirmación en sus aspectos esenciales y con predominio de la realidad concreta que implican, y aclarar así de manera práctica variados problemas, difíciles para quien hoy intenta una pastoral válida y renovadora del Sacramento.

A modo de eje integrador, en los planteamientos adoptados por el ponente quedó clara la afirmación de una dependencia recíproca y esencial entre el Catecumenado de Confirmación y la Comunidad que lo proyecta y realiza. Los jóvenes necesitan pertenecer a un grupo más amplio que el formado por ellos: a un grupo formado por personas de distintas edades y características, que comparten una misma fe, se responsabilizan y colaboran en ministerios de servicio cristiano, dentro del mismo grupo y en su entorno. Pero también la Comunidad necesita desarrollar interiormente su fe viva, con el Catecumenado que lleva a la iniciación cristiana de los miembros jóvenes.

Es claro que esta interdependencia no se limita a buscar como objetivos la cultura y la convivencia amistosa (de toda la Comunidad ni de grupos que la integran): debe desarrollar la fe compartida y personal, cada vez más viva dentro de la Comunidad y en sus miembros, y cada vez más eficiente en relación con las estructuras del entorno social.

En ese segundo día, la presentación de los temas se completó muy acertadamente con la de una situación vivida: un grupo de familias, a través de sus representantes y de su coordinador Emeterio Sorazu, reflejó las propias experiencias sobre *La familia cristiana en el proceso de pastoral sacramental de los hijos*.

También se mantuvo con igual propósito, y con interés de los jornalistas, un diálogo de mesa redonda sobre el tema *Los Catecumenados de Confirmación*. Participaron desde sus propias experiencias Manolo Antelo, catequista de parroquia, Maruja Navarro, delegada de pastoral, y como responsables de catequesis en centros escolares, los profesores Javier Ilundain y Ramiro Rojo.

Las Jornadas concluyeron el día 21, domingo y primer día de primavera, con una ponencia sobre la Fiesta religiosa, y otra sobre la Pedagogía que desde la Comunidad intenta dar sentido y fuerza salvadora a la celebración de la vida.

Adoptó ya la perspectiva pedagógica Antonio APARISI, en su ponencia, *Hacia una Pedagogía de la celebración sacramental: de lo estético a lo ético*. Lo más específico de esa Pedagogía como quehacer fue estudiado por Jesús SASTRE en uno de los ámbitos de mayor interés y proyección: *La Comunidad educativa cristiana en el proceso de la pastoral sacramental*.

Para Antonio APARISI, la Pedagogía de la Celebración presupone una determinada Teología: no como si lo importante fuera la adopción de nuevos ritos, sino que se trata de conversión que debe producirse en la raíz de los planteamientos, con el brotar y el desarrollo de una actitud ya significada por los documentos del Concilio. La Iglesia ha de ser signo para los hombres: ella y el mundo son consustanciales, y el Pueblo de Dios debe identificarse con los problemas humanos concretos, en busca de respuesta salvadora no indefinida, sino histórica, aunque sin perder la dimensión de utopía y trascendencia. Su oración será, pues, oración de un pueblo que camina; y la Pedagogía de la Liturgia será Pedagogía de la acción en favor del mismo pueblo.

Al asumir los problemas de nuestro mundo, nos domina la premura noético-ética del juicio valorativo y la acción; pero buscamos expresión estética, reencontrada con hondura, armonía que penetre las formas y el fundamento, las manifestaciones de la vida y su núcleo religioso y humano. Queremos celebrar la vida rompiendo las ataduras: como Jesús, unidos al Jesús que no pacta con ningún poder y hace libres a los hombres en una nueva Comunidad.

Queremos estar juntos en la celebración de una vida que se libera y al liberarse canta y expresa su liberación. Todo cuanto somos ha de ser símbolo de nuestras esperanzas, y traducir en símbolos concretos la decisión y el gozo con que las asumimos. De este modo, se recuperan viejos símbolos de la Liturgia al par que brotan otros nuevos.

La ponencia de Jesús SASTRE se relacionó con el hecho, muy esperanzador, de la inquietud espiritual mostrada por muchos jóvenes. La Comunidad cristiana que dentro de sí da sentido y fuerza a la Comunidad educativa, ha de enfrentarse con el quehacer pastoral escolar como tarea propia: como una de sus tareas principales e ineludibles.

Se debe educar desde una Iglesia, y hacia la realización de una Iglesia, que en el actual mundo concreto, dentro de las tensiones y los problemas que lo definen, vive la experiencia de Jesús resucitado y salvador. La pastoral de los sacramentos en la Comunidad educativa recogerá, pues, los aspectos más significativos e importantes de la vida, tal como se concretan y actualizan para los jóvenes dentro de la Comunidad cristiana y en su entorno de sociedad y cultura, y tendrá como objetivo una identificación personal, responsable y comprometida, que en el núcleo de esa vida concreta sea continuación libre y salvadora de la propia vida que vivió Jesús.

Esta pastoral es acción según proyecto de la Comunidad cristiana, y se desarrolla buscando dar significación y eficacia genuina a los sacramentos, como pasos principales en un proceso que deben iluminarlo y hacer efectiva desde él aquella identificación con Jesús.

El ponente consiguió verter luz sobre distintos problemas que surgen en la Comunidad educativa. Muchas veces nos preguntamos cómo iniciar en el sacramento, o bien qué posibilidades ofrecen los programas de Enseñanza Religiosa; y se nos plantean otras cuestiones afines. Un análisis atento, fruto de reflexión sobre experiencias más programadas que fortuitas, permitió que Jesús Sastre llegara a conclusiones notablemente precisas; y éstas, sin duda, podrán ofrecer una pauta valiosa a los educadores cristianos.

Las Jornadas no se concibieron con el sólo objeto de presentar temas al auditorio. Por la participación activa y hasta por la distribución de los tiempos, más bien han sido comunicación de experiencias y de reflexiones, sobre una realidad muy actual para los creyentes y aún para quienes, sin ser tales, reconocen que los cristianos pueden aportar esperanzas nuevas y no ilusorias.

Jaime CASTAÑÉ